

otros, Dios mora en nuestro corazón y nuestra caridad es perfecta (1). Si, amados míos; si nos amamos los unos á los otros con amor de caridad, tenemos la caridad en nuestro corazón, y por consecuencia á Dios, porque Dios es caridad. (*Deus charitas est.*) ¡Qué motivos tan poderosos para que todos vivamos unidos íntimamente con el lazo suavísimo del amor sagrado!

Pero notad bien, que el amor de Dios para con nosotros no ha sido nunca ocioso. Nos amó Dios Padre y nos dió á su Hijo; nos amó Dios Hijo y se entregó á la muerte por nosotros; y, como si esto no fuera bastante, nos ama tierna, dulce y regaladamente Dios Espíritu Santo, quien en unión del Hijo y del Padre, nos comunicó sus múltiples y preciosísimos dones. ¿Qué nombre daremos á este amor? ¿Cómo habremos de corresponder nosotros á tantas y tan soberanas finezas?

Pensad, carísimos hermanos, lo que acabo de indicaros. Dios es amor; Dios envió á su Hijo por amor; por amor nuestro murió el Hijo, y por amor, en unión del Padre, nos envió el Espíritu Santo; y el Espíritu Santo, que es purísimo y suavísimo amor, nos comunica sus gracias, sus dones y sus frutos, para que unidos por amor á la Trinidad Santísima, y unos con otros, consigamos todos la eterna beatitud de los cielos. Amén.

HOMILÍA 2.^a

Para el domingo primero después de Pentecostés.

Del amor de los hombres á Dios.

AMADOS hermanos míos: El fin que se propone la Iglesia, nuestra Madre, en la presente Dominica, es que amemos á Dios, puesto que El nos amó primero; mas como Dios es invisible y no podemos amarle con toda perfección en esta vida, nos exhorta á que nos amemos los unos á los otros, como viendo en nuestros semejantes al mismo Dios, asegurándonos que de esta manera el

(1) Si diligamus invicem, Deus in nobis manet, et charitas ejus in nobis perfecta est.

Señor estará en nosotros y nosotros en El, y nuestra caridad será en lo posible perfecta. Oid las palabras mismas del Apóstol San Juan en la Epístola de este día, y por ellas conoceremos si en realidad amamos á Dios por sí mismo y al prójimo por Dios. Dice así:

Carísimos: Cualquiera que confesare que Jesús es el Hijo de Dios, Dios está en él y él en Dios. Y nosotros hemos conocido y creído á la caridad que Dios tiene por nosotros. Dios es caridad, y quien permanece en caridad, en Dios permanece y Dios en él. Por esto fué consumada la caridad de Dios con nosotros, para que tengamos confianza en el día del juicio, pues como El es, así somos nosotros en este mundo. En la caridad no hay temor, porque la caridad perfecta le echa fuera, y el temor tiene pena; y así el que teme no es perfecto en la caridad. Así, pues, amemos nosotros á Dios, porque Dios nos amó primero. Si alguno aborreciese á su hermano y dijere: Amo á Dios, es mentiroso, pues quien no ama á su hermano, á quien está viendo, ¿cómo puede amar á Dios, á quien no ve? Este mandamiento hemos recibido de Dios: que el que ama á Dios ame también á su hermano. (Joann., IV, 8 al 21.)

Hasta aquí, amados míos, llega la Epístola de hoy, y en ella descubrimos claramente dos cosas, que procuraré explicaros con la mayor brevedad posible.

- 1.^a Cómo se realiza nuestra unión con Dios en esta vida.
- 2.^a Cómo la caridad da confianza y expele el temor.

PUNTO 1.^o

DE LA UNIÓN CON DIOS POR AMOR

Que el hombre fué creado para unirse íntimamente á Dios en esta y en la otra vida, no cabe la menor duda, porque Cristo nuestro Señor, verdad infalible, dijo á su Eterno Padre: *Padre Santo, guarda por tu nombre á aquellos que me diste, para que sean una cosa, como también nosotros... Ruégoos, Padre, por todos los que han de creer en mí, para que sean todos una cosa, así como nosotros también lo somos. Yo en ellos y tú en mí, para que sean consumados en uno solo* (1). Lo cual, hermanos carísimos, viene en conformidad

(1) Pater sancte, serva eos in nomine tuo, quos dedisti mihi, ut sint unum, sicut est nos. (Joann., XVII, 11.) Rogo pro eis, ut omnes unum sint, sicut tu Pater in me, et ego in te, ut et ipsi in nobis unum sint... Ego in eis, et tu in me; ut sint consummati in unum. (Joann., XVII, 21 y 23.)

con lo que antes había declarado á sus discípulos, diciéndoles: *Yo estoy en mi Padre, y vosotros en mí y yo en vosotros* (1). Que es como si dijera: Yo estoy en mi Padre por la unidad de la esencia divina, porque tenemos la misma naturaleza; vosotros estáis en mí por la fe y por la caridad, porque formamos un cuerpo moral, siendo yo la cabeza y vosotros los miembros; yo estoy en vosotros por la gracia, porque sois hijos adoptivos de Dios, y el Padre está en cierto modo en el hijo, así como el hijo es algo del Padre, y también estoy en vosotros por la Eucaristía, pues *el que come mi carne y bebe mi sangre, vive en mí y yo en él* (2).

Es, pues, innegable, según estos sagrados testimonios, que el hombre viene de Dios y que su vida terrena ha de ser procurar con empeño unirse íntimamente al mismo Dios. ¿Cómo se efectúa esta unión dichosa é inefable? He aquí lo que nos enseña hoy nuestra Epístola, diciendo: *Cualquiera que confesare que Jesús es el Hijo de Dios, Dios está en él y él en Dios* (Verso 15). ¡Hermosa unión, amados míos! Pero entiéndase bien que no basta la fe muerta ni la fe informe, sino que ha de ser fe viva por obras de caridad y fe informada ó hermoçada por la gracia santificante. La caridad es el lazo de unión, y por eso el texto sagrado añade á renglón seguido: *Dios es caridad, y quien permanece en caridad, en Dios permanece y Dios en él* (Verso 16). ¡Repárese, pues, cuánto nos importa amar á Dios en correspondencia al amor infinito que El nos tiene!

El que cree en Jesucristo con su entendimiento hace mucho; el que sobre esto le confiesa con los labios, hace más, y el que impulsado por la fe le ama con el corazón, lo hace todo. Amar es vivir, y el que ama á Dios vive en Dios y Dios en El: se halla íntimamente unido á Dios, que es á lo que la Iglesia nos exhorta en este día con las palabras citadas de nuestra Epístola. *Quien permanece en caridad, en Dios permanece y Dios en él.*

Algo de esto podemos colegir por nuestros amores terrenos. Cuando vosotros amáis á una persona, ¿qué es lo que os pasa en vuestro interior? De día, de noche y á todas horas vuestro pensamiento está en ella; vuestra memoria la tiene siempre presente como si la estuviera viendo y conversando con ella; vuestro corazón palpita de gozo si está á vuestro lado y se deleita y complace sólo con la idea de su venida cuando está ausente. Es decir, que vuestra vida toda entera, y aun durante el sueño, se halla como

(1) In illo die vos cognoscetis quia ego sum in Patre meo, et vos in me, et ego in vobis. (Joann., XIV, 20.)

(2) Qui edit carnem meam, et bibit meum sanguinem, in me manet, et ego in eo.

ligada y dulcemente unida al objeto de vuestros amores. Vivís, por decirlo así, en la persona amada, y ella es, al modo dicho, inseparable de vuestro ser, como si formara parte de vuestra existencia. ¿No es verdad, carísimos hermanos, que así acontece?

Pues bien; siendo esto cierto, ¿será aventurado decir que quien ama de veras á Dios y siente en su pecho la llama abrasadora de la dilección divina, no tiene corazón más que para amar al Señor, ni entendimiento si no es para admirar sus divinas perfecciones, ni memoria sino para recordar sus inmensos beneficios? ¡Ah! Todo su ser se halla como embriagado en el cúmulo infinito de sus bondades divinas; le contempla siempre á su lado por el atributo de la inmensidad, le mira como Padre, conservando y dirigiendo todos los seres de la creación con su providencia amorosa, y sin salir de sí le sienta dentro de su pecho, le habla y le acaricia en lo íntimo del corazón, deseando tener mil lenguas para cantar sus alabanzas, para narrar sus misericordias, para publicar sus grandezas infinitas, y para atraerle los homenajes de toda la tierra. Tales son, en resumen, los sentimientos de los buenos cristianos que aman á Dios, y no es maravilla que el Apóstol San Juan diga en nuestra Epístola: *«Dios es caridad, y quien permanece en caridad, en Dios permanece y Dios en él.»* (Verso 16.)

Ved aquí, hermanos míos amadísimos, el modo práctico, consolador y dulcísimo de unirnos íntimamente con nuestro Dios y Señor. Todo consiste en el amor de benevolencia sobrenatural y divino; todo consiste en que queramos dirigir á Dios todos los afectos de nuestro pobre corazón. Ea, pues; morad en Dios y que Dios more en vosotros; haced por el amor, que Dios sea vuestra casa y que vosotros seáis la casa de Dios. Y después de procurar esto, quedemos gozosos, porque la misma Epístola nos dice, que *si nos amamos los unos á los otros Dios está en nosotros y nuestra caridad será perfecta. (Charitas ejus in nobis perfecta est.—Verso 12.) Y conoceremos—añade—que El está en nosotros y nosotros en El, en que nos ha dado de su Espíritu.* (Verso 13.) Esto es, en que el Espíritu Santo, dentro de nuestro corazón, nos da testimonio de su presencia soberana, comunicándonos sus dones y sus gracias y el fruto inefable del regocijo espiritual. Y como si esto no fuera ya gran dicha para todo buen cristiano—añade el sagrado texto—que nuestro espíritu se llenará de grande confianza en el Señor y que la misma caridad arrojará de nosotros todo temor angustioso. Consideremos también este extremo, que no deja de ser provechoso y consolador.

PUNTO 2.º

DE CÓMO EL AMOR DA CONFIANZA Y EXPELE EL TEMOR

¿Para qué, se pregunta, fué consumada la caridad de Dios con nosotros? El Apóstol San Juan responde en nuestra Epístola, diciendo:—«*Para que tengamos confianza en el día del juicio; pues como El es, así somos nosotros en este mundo. (Quia sicut ille est, et nos sumus in hoc mundo.)*—Verso 17.) Es decir, que nuestra confianza en Dios Nuestro Señor para ir al cielo, surge de la caridad ó amor que el Señor nos tiene, y juntamente de la caridad nuestra para con Dios. Si Dios nos ama y nosotros le amamos con amor de benevolencia, somos sus amigos, é hijos por adopción, y herederos de la patria celestial; y siendo El nuestro Padre y nuestro amigo, ¿cómo es posible que nos niegue el cielo? Aunque no fuese más que por esto debíamos los hombres estar siempre ardiendo en llamas de puro amor divino.

Pero la razón de nuestra confianza la da el mismo Apóstol por estas palabras: «*Como Dios es, así somos nosotros en este mundo.*» (Verso 17.) Ya se comprende que la palabra ASÍ, no denota aquí *igualdad* de nosotros con Dios, pues ya sabemos que media infinita distancia entre el Criador y la criatura; significa, pues, *semejanza*, en cuanto por la caridad amamos á nuestros prójimos, al modo que El nos ama. Dios ama desinteresadamente á todos los hombres, y nosotros por amor de Dios amamos á todos los hombres desinteresadamente. Dios ama á dichos hombres por lo bueno que El se ha dignado poner en ellos, y nosotros también los amamos por lo que cada uno de los hombres tienen recibido de Dios, y de tal suerte, que amándolos á ellos, amamos á Dios en ellos, porque amamos las perfecciones que tienen del mismo Dios. Todo hombre, pues, es digno de nuestro amor de caridad, porque todo hombre tiene en sí mismo algo bueno que el Señor le ha comunicado.

Por otra parte, el que ama verdaderamente á Dios, ama también sus perfecciones infinitas, y las alaba, y las ensalza, y las adora y tiende á imitarlas en cuanto es posible á la humana condición; es así que una de las perfecciones de nuestro Padre celestial, y de Cristo nuestro Señor es *amar aun á los enemigos de su gloria*, haciendo que el sol alumbre á los buenos y á los malos, y que descienda la lluvia sobre justos y pecadores; luego, siendo por la caridad semejante á Dios y su Hijo unigénito Jesucristo, necesaria-

mente hemos de *amar á los que nos aborrecen, orar por los que nos calumnian y hacer bien á los que nos persiguen*. Esta es nuestra semejanza con Dios, esto lo que nos une á El íntimamente, y esto lo que sirve de fundamento á nuestra confianza en el día del juicio; porqué, según expresa nuestra Epístola, «*como Dios es, así somos nosotros en este mundo*». (Verso 17).

Todo esto, amados míos, es dulce y consolador, y no lo es menos atendiendo á la explicación que de estas palabras sagradas dan algunos piadosos varones. «Así, dicen, como Dios permanece en nosotros en este mundo, de la misma manera nosotros permanecemos en Dios mientras vivimos; y así como El es en nosotros el autor y principio de nuestra santidad, pureza y caridad; así nosotros vivimos santa y castamente, estando muertos al mundo; y como El está en nosotros, amándonos con el mayor exceso, así nosotros estamos también en El amándole con todo nuestro corazón, y por amor de El á nuestros prójimos y hermanos. Por lo cual, si somos para con Dios tales, como Dios lo es para nosotros, entonces llenos de confianza y sin el menor temor podemos esperar el día de la cuenta (1).

Ved aquí por qué la Epístola añade á continuación: «*En la caridad no hay temor, porque la caridad perfecta le hecha fuera... y así el que teme no es perfecto en la caridad.*» (Verso 18.) Es decir, que el temor del juicio de Dios no se encuentra en el amor divino, porque el mismo amor le aleja, á la manera que una disposición más perfecta excluye otra menos perfecta. (*Perfecta charitas foras mittit timorem.*)

Sin embargo, para no sufrir equivocaciones en este punto, hemos de considerar que en nuestro corazón hay dos especies de temor: uno que llaman *filial*, y otro *servil*. Es temor filial cuando temblamos ante la posibilidad de ofender á Dios nuestro Padre, y de que El se retire de nosotros, y este es el mejor de los temores, propio de las almas buenas, que no sólo es compatible con la caridad, sino que crece en nuestro espíritu en proporción de la caridad misma, porque mientras más se ama á una persona más se teme perder su amistad.

De este temor *filial*, pues, no habla nuestra Epístola, sino del temor llamado *servil*, que es el temor de la pena merecida por nuestras culpas, como si uno temiera que Dios le precipitara en el infierno; temor que en sí mismo no es malo, antes bien es bueno,

(1) Así en la nota del Padre Scío.

porque es como una disposición del alma para introducir en ella la divina caridad, pero que tan luego como ésta toma asiento en el corazón, desaparece todo temor de pena. El temor servil de Dios es el principio de su amor, y el amor expelle dicho temor. (*Perfecta charitas foras mittit timorem.*)

Esto no es decir que dicha maravilla se obre de repente en el alma, sino que, como advierte San Agustín, el temor servil se va disminuyendo á medida que la caridad se aumenta, y cesa del todo dicho temor cuando el corazón se halla enteramente penetrado del amor de Dios, ó lo que es lo mismo, cuando la caridad es perfecta; que por eso el texto sagrado de nuestra Epístola, no dice simplemente: «*La caridad ahuyenta al temor, sino la caridad perfecta; porque el que teme no es perfecto en la caridad.*» (*Qui autem timet, non est perfectus in charitate.* (Verso 18.)

A la manera — dice el grande Obispo de Hipona — que en alguna labor de tapicería se hace primero entrar la aguja, para que después ésta salga y quede la seda ó la lana, formando el bordado; así por medio semejante entra primero en el alma la aguja del temor servil, y éste introduce en ella la caridad y permanece allí más ó menos tiempo y deja impresiones más ó menos profundas, á proporción que dicha caridad hace más ó menos progresos en el espíritu.

Por último, después de todo lo dicho, saca el Apóstol San Juan una consecuencia importantísima, que yo quisiera quedara para siempre grabada en vuestros corazones, á saber: «*Amemos nosotros á Dios, porque Dios nos amó primero. Y tened presente que si alguno dijere: Amo á Dios y aborreciere á su hermano, es mentiroso, porque quien no ama á su hermano que ve, mucho menos amará á Dios á quien no ve. Y este mandamiento tenemos de Dios: que el que ame á Dios, ame también á su hermano.*» (*Qui diligit Deum, diligit et fratrem suum.* Vers. 19 á 21.) He concluido.

Amemos, pues, á Dios por sí mismo y al prójimo por Dios; pues de este modo andaremos en caridad, estaremos en Dios y Dios en nosotros; nuestra confianza en el Señor será grande, no habrá jamás en nuestro corazón temores angustiosos, sino paz, dulce regocijo, y felicidad completa, cuanto es posible en esta vida, como preludio de las inefables delicias de la otra, que á todos os deseo por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA 1.^a

Para el día del Corpus.

Sobre la Eucaristía.

HERMANOS míos carísimos: La Iglesia nuestra Madre se ha dignado instituir esta hermosa festividad del *Santisimo Corpus Christi*, no sólo para instruirnos acerca de la *naturaleza, excelencia y efectos* del augusto Sacramento del altar, sino muy especialmente para mostrarnos cuánto nos ha amado nuestro divino Redentor Jesús y cuánto debemos nosotros amarle por tan fino, regalado y tierno amor. He aquí cómo San Pablo refiere tan asombroso misterio, en la Epístola de este día: «*Hermanos—dice—yo recibí del Señor lo que también os enseñé á vosotros, á saber: que el Señor Jesús, en la noche en que fué entregado, tomó el pan, y dando gracias, lo partió y dijo: Tomad y comed; este es mi cuerpo, que será entregado por vosotros: haced esto en memoria de mí. Asimismo tomó el cáliz, después de haber cenado, diciendo: Este cáliz es el Nuevo Testamento en mi sangre; haced esto, cuantas veces lo bebiereis, en memoria de mí; porque cuantas veces comiereis de este pan y bebiereis de este cáliz, anunciaréis la muerte del Señor hasta que venga.*» (I Corint., XI, 23 á 27.)

Hasta aquí, amados míos, el grande Apóstol; y en verdad que basta fijarse algo en el sentido de estas misteriosas palabras para comprender el asombroso é inaudito amor con que Jesús nos ama. Esto es lo que me propongo mostraros en esta breve exhortación pastoral, y al efecto os explicaré dos cosas:

- 1.^a El amor de Jesús en la institución de la Eucaristía.
- 2.^a La necesidad que tenemos de corresponder á este amor.

PUNTO 1.^o

AMOR DE JESÚS AL INSTITUIR LA EUCARISTÍA

Para formar una idea del amor infinito de Jesús en la Sagrada Eucaristía, basta considerar las circunstancias de su institución.